

I EL MAGO



El señor de la Tierra Amarilla vagabundeaba más allá de las fronteras del mundo hasta que llegó a una altísima montaña, desde donde observó el ciclo de la constante repetición y allí perdió su perla mágica. Mandó a la sabiduría para que la buscara y no la recuperó; mandó a los mejores ojos, pero no la recuperó; mandó al pensamiento y no la recuperó; mandó al olvido de sí mismo y esta vez sí la recuperó.

Chuang Tsu

Marlene salió de la oficina cuando se precipitó la lluvia. A pesar de aún no ser las cinco, oscurecía. La atmósfera gris y opaca le trajo la sensación de estar atrapada. Respiró el aire frío intentando borrar la impresión y una vitrina le devolvió su

imagen pálida y desgarbada. Allí estaba de nuevo esa mirada confusa.

Un pensamiento la laceró: Hiciste un buen trabajo: lograste convertirte en la persona más común que conozco. Nada en ti resplandece. La poderosa convicción de ser irrelevante, de no tener peso frente al mundo, de no existir casi, hizo que postergara otra vez ir hasta la calle 47.

Al llegar a su barrio, las aceras estaban lustrosas aunque había dejado de llover. Las luces, la música que con intermitencia salía de los autos, o de los bares, la gente presurosa que parecía tener adónde llegar y quien le esperara, anunciaban dolorosamente eso que siempre parecía eludirla: la vida.

Caminó maquinalmente hasta la tienda a comprar algo para la cena, aunque no le apretaba el hambre. ¿Cocinaría? Esta mañana se había prometido que sí: pondría la mesa, se serviría vegetales y carne, como toda la gente. Había pensado que también sería bueno comprar una botella de vino. Sacar del armario de su madre una hermosa copa de cristal. Servirse una copa, una sola. Sentirse humana. Sin embargo, no había nada qué celebrar.

Aún antes de entrar a la tienda supo que compraría, como siempre, cualquier cosa, bolsas de golosinas, algo enlatado o un emparedado frío empacado por la mañana. En un último momento de indecisión, hizo lo que se había prometido no hacer más: tomó la botella de aguardiente barato y la puso en su canasta. Todo sería más fácil así.

Al entrar al apartamento, situado convenientemente frente al río, dejó los paquetes en el suelo, mientras hurgaba en las bolsas de su saco por un fósforo. Encendió la veladora y de inmediato el retrato se alumbró. El rostro iluminado de su madre ocupó el recinto. No encendía la vela como un acto de reverencia. Era más bien una forma de exorcizar el miedo a esa mirada constante sobre su vida que no lograba apartar de sí, aún después de tantos años de muerte.

Mientras colocaba las cosas en la cocina, la recordó. Cuando era muy niña le repetía: De todas las cosas terribles en este mundo, y mira que hay muchas... la peor es el ridículo. Cuídate de él, pues su herida puede ser mortal.

Esas palabras que todavía escuchaba en su cabeza, con la misma voz carrasposa de su madre, la hicieron apresurar lo que había pensado dejar para más tarde. Abrió la botella de aguardiente y dio tres largos tragos que le quemaron la garganta. Con la boca ardiendo se quitó el saco, se colocó un delantal y encendió la radio para escuchar las noticias del día, mientras observaba con desgano los trastos sucios que se apilaban en el fregadero.

Horas más tarde, la botella de aguardiente estaba vacía y la comida no había sido tocada. Llorosa, Marlene terminaba de ver por enésima vez la vieja película. Dejó congelada la imagen final donde los enamorados se besan, para que reinara en el recinto. Como siempre, saboreaba la misma insatisfacción. Se sentía otra vez afuera de la vida, en medio de una burbuja sutil y

silenciosa. La frustración la hizo arrojar un estúpido adorno contra la tele, afortunadamente sin consecuencias para el aparato. Se percató de que se sentía muy extraña, casi enferma, como si algo le fuera a explotar. Notó por primera vez que la botella de aguardiente que había tomado de la tienda no era la misma de todos los días. Las letras eran de un alfabeto extraño y por un momento se molestó: los baratos productos foráneos que empezaban a llenar las estanterías no dejaban de incomodarla.

Joder con la globalización, se dijo en forma socarrona desde su mente nublada y eso le dio risa. Se rió a carcajadas.

Lejos del sueño aniquilador que se le desataba al terminarse una botella, hoy estaba excitada. Frente al espejo vio su rostro ofuscado por el alcohol. Buscó en el cajón el pintalabios rosa. Se pintó. Su imagen mojigata respondió desde el espejo. Lanzó con furia el crayón contra la pared y éste rebotó al suelo. Hurgó más adentro, hasta encontrar un crayón rojo fuego. Lo puso sobre sus labios y la huella carmesí se adueñó de su rostro.

Tienes pinta de puta, se dijo riendo. Mírate esos labios gruesos, el pelo desteñido, las caderas anchas, el monumental trasero. Volvió a reírse a carcajadas mientras dejaba que ese pensamiento llenara su cuerpo. Subió sus cabellos, dejando al descubierto su cuello largo y diáfano. Se deshizo del tapado gris y de la blusa arrugada. Su cuerpo blanco se tornó azul de frío.

Bajó la valija refundida en la parte más alta

del armario; sacó la llave que guardaba en una cajita oculta entre las sábanas. Su madre le había entregado la maleta antes de morir, con la orden de llevarla sin abrir a una venta de ropa usada. Entrégala sin más, no cobres nada por ella, fueron sus órdenes terminantes.

Pero desde que ella había muerto, unas ganas incontenibles de desdecirla le carcomían el cerebro. Aún antes de salir para su entierro, buscó con afán la llave, abrió la maleta y encontró cosas insospechadas: un vestido negro de amplio escote, una falda que tallaba las caderas y luego caía suelta bajo las pantorrillas con una sinuosa caricia. Una blusa roja que dejaba desnudos los hombros. También había maquillajes, un chal bordado en hermosos colores, zapatos de tacón alto y, muy adentro, escondida en el forro, una fotografía: su madre bailando en los brazos de un desconocido. Te amo perdida-mente, decía su letra alambicada. Huellas de otra vida, de otra mujer. Una vida recóndita de la cual ella no participó; una mujer llena de deseo que ella nunca conoció.

¿Qué había pasado? Su madre se había empeñado en entregarle la imagen gris de un ser que, día a día, extirpa los vestigios de vida que surgen a su alrededor. Meticulosa en la defensa de sus rutinas, miedosa, rígida. Alguna vez, alguien dejó entrever algo de aquel pasado misterioso: se había fugado con un famoso bailarín gitano. Con él había vivido errante, sin restricciones y sin ley. Pero pronto la abandonó por otra mujer.

Marlene sacó la fotografía de la maleta. Igual

que antes la película, esta imagen la dejaba afuera. ¿Sería este hombre su verdadero padre? Le habían dicho que había muerto en la guerra, pero... todo era tan sutilmente confuso que parecía una mentira. Colgó sobre su cabecera la fotografía.

Sacó el vestido negro y se lo puso. En el espejo vio la imagen de una extraña: una mujer que florecía. Por unos instantes, el pánico la envolvió, pues se percató que pisaba un terreno desconocido e incómodo. El territorio del deseo... hasta ahora, solamente había logrado atisbar con curiosidad por las rendijas por donde se colaba: en las imágenes de las películas o, cuando se atrevía, a través de las escenas que presenciaba hurgando por las ventanas de los bares en la calle 47. Imágenes de la gente que, persiguiendo su elusiva huella, se encontraba con la vida.

Ella no tenía valor para eso. Era sólo una espectadora. La que siempre está al margen de la imagen. Los ojos que observan y que de una manera tangencial, sin corporeidad, viven la escena. Pero en noches como ésta, no era suficiente. Su existencia despertaba como un animal y exigía ser tomado en cuenta.

Encendió la radio. Intentó moverse frente al espejo. Imaginó que su ser cerrado se abría. Los pasos iniciales eran muy tímidos. Se quiso dar valor pensando que nadie podía verla, pero de todas maneras no podía bailar. De su cuerpo nació la rebeldía: movimientos grotescos y frenéticos. Perdió el equilibrio y cuando sus ojos